

Theodor Kallifatides

# El asedio de Troya

Traducción del sueco de Neila García





















de arremolinarse para que ella pudiera verse reflejada en sus aguas cristalinas.

Se dice que el diablo tiene muchas piernas, pero que las Moiras, diosas del destino, tienen más. Un día Menelao recibió la visita de Paris, hijo de Príamo, rey de Troya. Ambos reyes se conocían, por lo que era evidente que había que acoger a Paris. Este declaró que su nave había quedado gravemente dañada por una tormenta junto al sonado cabo Malea y se había visto obligado a abandonarla.

Ninguno de los dos podía imaginar las consecuencias que desataría esta visita.

La Señorita realizó una pausa y aspiró profundamente, como si hubiera estado aguantando la respiración mientras contaba la historia. Avanzó hasta la entrada de la gruta y echó un vistazo afuera.

–Se han calmado las cosas. Podéis ir a casa. Mañana seguimos.

Dimitra y yo caminamos juntos hacia casa. Habíamos crecido juntos. Habíamos jugado a los médicos y examinado nuestras partes. Ella era mi más vieja amiga y yo su más viejo amigo. Éramos como hermanos.

–Bueno, ¿qué me dices de la Bruja? –preguntó.

No sabía cómo expresarlo.

–Tiene una voz bonita.

En la plaza todo había vuelto a la normalidad. El capitán alemán y el alcalde bebían *ouzo* antes de cenar. Y todos los demás hombres hacían lo mismo. Las mujeres más jóvenes caminaban del brazo arriba y abajo por el paseo y dejaban que otros se maravillaran. Era como si nada hubiera pasado.